

LA REPÚBLICA ARGENTINA

Autor: VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

La República Argentina se divide en catorce provincias y diez territorios. Están pintados de azul: Jujuy, Tucumán, San Juan y el Chaco; teñidos de rosa: Salta, La Rioja, Mendoza, Corrientes, Buenos Aires, Neuquén y Santa Cruz; de verde: Santiago del Estero, Entre Ríos, La Pampa, Chubut y Los Andes; en amarillo: Catamarca, Santa Fe, San Luis, Córdoba, Formosa, Misiones, Río Negro y Tierra del Fuego. Las islas Malvinas se recortan en el mapa como una yema de huevo de avestruz arrojada violentamente sobre la sartén, al fuego lento de las reivindicaciones.

Tal es el aspecto que ofrece la república en los mapas oficiales queriendo mostrarnos las diversas regiones de su geografía política. El color es arbitrario y es dado por el impresor del mapa, de acuerdo, mutuo, con los senadores nacionales. El tono que colora no sufre variaciones bajo la acción climatológica ni las explica. El trópico de Capricornio, que pasa perfumando de almizcle el puente Pérez, utilizado por los cholos de Humahuaca que van al mercado, en la límpida ciudad de Jujuy, o el frío de los círculos polares que esteriliza a los condenados de Ushuaia, no deslíen los tonos pálidos de la acuarela que divide a un país federal administrado como si fuera unitario. Si ese mapa no tuviera la pintura a su alcance, recordaría la América pre-colombina color ocre habitada por caballos que se reunían a morir en grandes cementerios y por un sabio genovés que tenía una librería en la esquina de las calles 60 y 12, de la ciudad de La Plata. Yo le conocí yendo a la escuela, aunque, preocupado por sus fósiles, desconociera la existencia de los niños. Dejaba el cuidado de la librería a su esposa, una señora rubia, vestida con un batón suelto de color amarillo y blondas negras, llevando sobre la espalda a un loro verde. La librería estaba cubierta de polvo. Del polvo de arroz rosa de que la compañera del sabio se servía echándolo como una capa espesa de aluvión galante encima de las arrugas que había cavado el tiempo. (El tiempo transcurrido entre el *homo pampeanus* y sus veinte años, en una ciudad del Mediterráneo, cargada de amor y de pimienta).

Este mapa de un país, subdividido artísticamente por la acuarela de los niños, es la imagen primera de la patria argentina. Vuelvo mis ojos hacia atrás buscando los mapas que pendían en la escuela de la calle Venezuela donde aprendí sus límites y me parece que tenían otra forma. Le faltaba, es cierto, la Puna de Atacama, la fuente de Lola Mora, el petróleo de Comodoro Rivadavia, el ferrocarril a Meridiano 5°, y se balanceaba aún, sobre la sierra del Tandil, un cascote movedizo. En la estampa laica, cada color es un casillero que evoca un nuevo tipo de empanada, una variación del alfajor, o un acento distinto en la lengua de sus habitantes. Las provincias tienen acento. Los habitantes de los territorios nacionales, todavía no. A veces, sus gobernadores sí. Siembran desde arriba el tono musical del mañana lisonjero. Un correntino ha gobernado el Chubut. Un cordobés ha gobernado el Neuquén. Han sembrado al vuelo la tonada. Los territorios son la periferia de la nación. Están más allá del bien y del mal. Las provincias son los órganos nobles del país. Dentro de las

